

2004

Amanecía. No sé la hora, porque en aquel entonces tener un reloj no estaba al alcance de cualquiera, si no que nos guiábamos por los rayos del sol, el movimiento de los pájaros, el canto de los árboles. Realmente, el reloj no daba más información que las llamadas de la iglesia de San Esteban.

El sol se elevaba aunque no lo viera a través de las nubes lejanas. Madre me había despertado para que fuera al campo, ya que Padre estaba enfermo y había que traer comida a casa. Era la primera vez que iba sola, abrigada, con un esportillo para traer de vuelta. Comencé a caminar más despacio y vi a lo lejos cómo una bandada de pájaros revoloteaba sobre nuestras tierras. El olor a vaquería, el mugido sordo de las vacas se podía sentir traído por el viento. Mis hermanos pequeños dormían todavía, yo tenía que traer algo para comer, Padre no había ido en estos días por sus fiebres, y si queríamos ir a la escuela, antes tenía que traer algo del huerto. Un tomate, una acelga, una calabaza. Lo que viera mejor. Padre nos había llevado a jugar al campo muchas veces mientras él doblaba el lomo, pero no quería que aprendiéramos a trabajar la tierra, decía que estudiáramos. Esto poco me servía hoy, hoy que era lo más importante que iba a hacer, salvar a la familia mientras Madre cuidaba de él y mis hermanos. Ojalá me hubiera enseñado cómo sacar lo mejor del campo, en vez de estudiar. Ahora Padre tenía fiebre, no podía bajar por el camino a las tierras, y yo no sabía qué hacer.

A un lado salía el sol, al otro estaban las hortalizas. Espanté los pájaros. Con el cuchillo cogí lo que me pareció que estaba mejor, llené la cesta y volví rápido a casa por el camino. La cuesta arriba se me aligeró al pensar que hoy al volver de la escuela Padre comería mejor y se recuperaría, y al volver de la escuela pasaríamos la tarde todos juntos.

Hoy me despiertan los rayos de sol a través de las delgadas persianas. Al igual que aquella mañana en que Padre murió, medio siglo más tarde estoy viendo amanecer. Medio siglo más tarde, un siglo casi recién comenzado. Los pájaros revolotean sobre el colegio, la nueva universidad, el campo de fútbol.

Tampoco llevo reloj, lo llevé un tiempo, pero ahora es en mi móvil donde veo la hora. El sol es el mismo, su luz anaranjada parece decirme que es la misma, que somos nosotros los que hemos cambiado y hemos transformado lo demás. Ya no huelo a vaquería. Es más, en esta habitación, desde donde veo cómo clarea el cielo con las grúas construyendo las aulas, el olor a pintura reciente y desinfectante inunda el ambiente.

Me gustaría volver a caminar como hacía entonces, por esas piedras, por ese barro. Recuerdo cómo esperábamos al practicante que llegara a poner el antibiótico a Padre. Ahora viene la enfermera a administrarme un suero, que también tiene antibiótico, para aliviar mi peritonitis. Eso me han dicho: la misma apendicitis que tuvo Padre, la tengo yo ahora. Todo es lo mismo pero es distinto, lo transformamos. Donde estaban los campos, ahora está el Hospital de Fuenlabrada. Tuve miedo, mucho miedo. El mismo miedo que aquella mañana cuando salí sola por primera vez camino abajo. Al igual que aquellos rayos de sol, aquellos pájaros, aquellos árboles me ayudaron a caminar en ese momento, bajé por la calle en la ambulancia y allí me salvaron, me están salvando, me acompañan.

El sol sigue ascendiendo, las nubes parchean el cielo azul, veo un avión que viene del otro continente. Los pájaros vuelan más alto. Padre, hoy mi hija no me trae la mejor huerta, pero sí los frutos que ha dado el trabajo de todos nosotros estos años.